

Benito Pérez Galdós

La campaña del Maestrazgo

Episodios Nacionales, 25

Tercera serie



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 1977

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: José de Juanas: *Retrato de Diego de León* (detalle). Óleo sobre lienzo. Museo del Ejército, Toledo.

© Album / sfgp

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1977, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-878-3

Depósito legal: M. 11.097-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
16	Dos
24	Tres
32	Cuatro
38	Cinco
45	Seis
52	Siete
60	Ocho
68	Nueve
77	Diez
85	Once
94	Doce
102	Trece
111	Catorce
119	Quince
126	Dieciséis
134	Diecisiete
143	Dieciocho
151	Diecinueve
158	Veinte
165	Veintiuno
173	Veintidós
181	Veintitrés
190	Veinticuatro

200	Veinticinco
208	Veintiséis
215	Veintisiete
222	Veintiocho
229	Veintinueve
239	Treinta
246	Treinta y uno

Uno

En la derecha margen del Ebro y a cinco leguas de la por tantos títulos esclarecida Zaragoza existe la villa de Julióbriga, fundación de romanos, según dicen libros y rezan lápidas desenterradas, la cual, en tiempos remotos, mudó aquel nombre sonoro por el de Fuentes de Ebro, con que la designaron cien generaciones aragonesas. No por los hechos históricos que ilustran esta villa (pues en lo antiguo dicen que fue *lugar de moros*, y algún chinazo le tocó en la guerra de la Independencia y en los dos inmortales *sitios*); no por la fertilidad de su término, regado por el canal Imperial; no por las estameñas que fabrican sus tejedores, ni por las excelentes lechugas que crían sus huertas, ni tampoco por su gótica iglesia parroquial, donde yacen, en desmoronados sepulcros, multitud de condes de Fuentes, que rabiaron o hicieron rabiarse al pueblo, aparece éste en la primera página de la presente relación, sino por la fama del parador

de Viscarrués, situado en la plaza, junto a la llamada *casa del rey*, el cual gozaba de gran crédito y favor entre los arrieros y trajinantes que comunicaban a Zaragoza con el reino de Valencia. Asimismo confluían allí los trayectos peoniles y carromateros de la parte de Alcañiz, del Maestrazgo y Vinaroz, de la tierra baja de Teruel, Híjar y la cuenca del río Martín. Los barqueros del canal Imperial, así como todo el personal de fontanería, eran también fieles parroquianos de Viscarrués, el cual daba excelente trato a las caballerías primero, a las personas después, y poseía un amplio local con cuadras extensas, donde podían acomodarse, entre animales y arrieros, como unos treinta pares. En el piso alto no faltaban aposentos *para señores*, algunos hasta con camas, otros bien acondicionados de mullidos jergones. Era la cocina monumental, con el hogar guarnecido de poyos, y por uno y otro lado mesas largas, donde podían tomar el pienso hasta veinte parroquianos. Servía Viscarrués un Cariñena superior, sin competencia en cuatro leguas a la redonda, y para todo pasto un tintillo de Contamina que en lo de alegrar corazones y cabezas parecía hermano de la jota. Uno y otra procedían de la misma cepa.

Los más de los días, Viscarrués y su familia no tenían manos para servir a la mucha y diversa gente que en el parador se juntaba. Uno de los criados, llamado Guasa (verdadero apellido, no apodo), natural de Jaca, y más vivo que el azogue, hacía milagros de ubicuidad y diligencia. Pero llegó un día, mejor dicho, llegaron tres días, en que ni el ventero con sus hijas y su mujer, ni Guasa con toda su agilidad ratonil, pudieron atender al golpe de personas y acémilas que se metieron por aquellas puertas con hambre y sed, pidiendo vino, cebada, carne y un montón de paja para dormir. Furioso Viscarrués por no disponer de cuádruple local, se ti-

raba de los pelos, y su mujer del moño; Guasa andaba de coronilla; la *parroquia* se impacientaba; todos pedían a un tiempo su remedio. Con gran trabajo y a puñados les iban acomodando aquí y allí, metiendo ocho en cada cuarto de arriba, estibando a otros en las cuadras, por grupos, por series, por manadas; y para dar de comer se ponían los platos en el suelo, por no haber ya mesas; los jarros de vino pasaban de boca en boca, sin vasos; los guisados iban a la rueda en grandes fuentes, chorreando salsa, y no se oían más que voces airadas del que pedía su parte, del que, no contento con la primera ración, pedía la segunda. Aquí esgrimían cucharas, allá repicaban en los vasos con toque de cuchillos. El vino, abundante, suplía las escaseces del comer, y si en una parte echaban maldiciones a Viscarrués, en otra le vito-reaban como al primer posadero del mundo. «Hay que dispensar en días como éste», decía él, levantándose después la faja que se le caía. A Guasa colmábanle de injurias, que le excitaban a un enojo risueño; y era tal su sofocación, que regaba con honrado sudor los manjares que servía.

Fue causa de tan desmedida aglomeración la coincidencia de dos caravanas de pasajeros, la una que venía de oriente, huyendo de la guerra; la otra, de occidente, que hacia la guerra iba. Componían la primera familias neutrales o que querían serlo, algunos lisiados y enfermos; la segunda constaba, principalmente, de la oficialidad y clases de una columna enviada del norte para incorporarse a la brigada de Borso di Carminatí. La guerra mata y resucita, destruye y crea. La sangre que no se derrama en los combates, circula con más vigor y nutre partes desmedradas del organismo social, mientras otras perecen. Viscarrués, que se estableció sin un cuarto en 1830, se retiró el 46 con el riñón bien cubierto. Sus hijos siguieron carrera en Zaragoza. Traspasado

el parador a Guasa, éste se hizo también rico, y en 1860 poseía casa en La Almunia, un café en Cariñena y suyos eran los coches de la estación de Calatayud y los que hacían el servicio a Paracuellos de Jiloca. Volviendo a lo que se refiere, debe decirse que aquel tumulto del parador de Fuentes de Ebro pertenece a las cronologías del año 37, que hasta en los mesones había de ser año de confusión y trapisondas: el mes era *febrerillo loco*. Un solo dato pudo arrancar el historiógrafo a la empedernida memoria de Mateo Guasa: era que aquel día fue el primero del año en que se agregaron al cocido las habas verdes.

Y que estaban muy buenas, como declararon todos, con excepción de una señora, ribereña de Navarra, que sostuvo la superioridad de las habas de tierras de Cintruénigo... A esto observó uno, después de empinar el codo, que mejor que las habas le sabían a él las hembras de la Ribera, y buena muestra del género era *lo presente*, cuya gentileza y hermosura a todos cautivaban... Replicó ella con donaire que no era ensalada más que para uno solo y único dueño, el cual no admitía bromas. Pronto se corrió entre los individuos de aquel jovial grupo que la tal moza era casada y que iba a la guerra con su marido, sargento recientemente ascendido a alférez, el cual se alojaba también allí, y había salido a ocupaciones del servicio. Entrando en conversación la hermosa mujer, en quien habrá reconocido el lector a Salomé Ulibarri, les dio cuenta, con abundosa y pintoresca verbosidad, de los prodigios de Luchana y Banderas, y de las proezas que allí había realizado Baldomero Galán, su esposo, secundando las disposiciones del otro Baldomero. El empleo de alférez era recompensa mezquina para servicios tan eminentes... Despertada en el auditorio la curiosidad, se prolongó el relato de lo de Bilbao bastante tiempo, tan gus-

tosos ellos de oír a la historiadora, como ésta de pregonar tan lucidas hazañas. Emprendieron después los otros historia fresca de lo del Maestrazgo, que habían visto; pero a lo mejor de ella, solicitada de otra parte la atención de Saloma, se apartó de la mesa. Mirando casualmente hacia la escalera del parador, vio que por ella descendía un caballero anciano en compañía de dos mozos, al parecer de su servidumbre, el cual, renegando con agrias voces de no encontrar alojamiento adecuado a su categoría, avanzó hacia la calle cogido al brazo de un criado. Tanto el flácido rostro del noble señor, como su desmayado cuerpo y deslucida y polvorienta ropa, declaraban el cansancio de un largo camino. Fue tras él Saloma, y viéndole parado en medio del portal, se le puso delante, en actitud de quien intenta dar una sorpresa; mas no hizo el buen señor ademán de reconocerla. Impaciente y desconcertada la moza, además movida de grande compasión hacia el caballero, le tocó suavemente en el brazo, diciéndole:

—Pero ¿es posible que no me conozca o no quiera conocerme el señor don Beltrán de Urdaneta?

—¡Saloma..., hija..., chica! —exclamó el prócer, abriendo los brazos—. ¿Tú por aquí?... Maña, te he conocido por la voz... ¿No sabes? ¡Ay, me estoy quedando ciego!... Salgamos un poquito afuera para que con la luz de la calle pueda ver tu hermosura.

—Pero ¿adónde va por aquí tan descarriado, señor?

—Hija..., es largo de contar —replicó don Beltrán, sacando un pesado suspiro de las honduras de su pecho—. Me muero de fatiga, de hambre..., y ese bruto de posadero no quiere alojarme... No puedo ya con mi cuerpo..., ni con mi alma.

—Todo lo de arriba está lleno... En cada aposento siete personas..., como sardinas. Tampoco yo tengo cuarto.

—Déjame, déjame que te mire... —dijo el prócer acercando su rostro al de ella, embobado, sobreponiendo su afición estética a las tristezas del desamparo en que se veía—. Sí, sí, te reconozco... ¡Qué linda eres! Si no fuera sacrilegio suponer que Dios se equivoca, le preguntaría por qué no te hizo nacer en posición elevada. Habrías sido una gran mujer, una gran dama, una...

Más atenta a proporcionar al noble señor el reparo que necesitaba que a sus delicados galanteos, le dijo que urgía disponerle al instante la mejor comida que se pudiese. Enganchándole del brazo, le condujo hacia la cocina, dando voces al paso, en requerimiento de Guasa y de los demás servidores de la posada.

—¡Qué desconsiderados sois! —dijo al propio Viscarrués—. Pero ¿no conocéis al señor, el primer noble de Aragón? No sabéis tratar más que con animales.

Disculpose el ventero, alegando que no había conocido al señor don Beltrán, y se apresuraron amo y criados a ofrecerle cuanto tenían. A ratos ayudando a servirle, a ratos sentada frente a él viéndole comer y beber con gana, nuevamente le interrogó Saloma sobre su viaje, movida no tan sólo de la mujeril curiosidad, sino del interés afectuoso y desinteresado que el ilustre viejo le inspiraba.

—¿Va el señor a Zaragoza o viene de allí?

—Vengo, hija, vengo... He salido de Cintruénigo con ánimo de no volver más allá. Un raptó de cólera, de orgullo, de dignidad más bien... Yo soy así: no tolero que nadie me humille, y las impertinencias y groserías de Rodrigo y de *doña Urraca* han sido tales, que no he tenido alma para tolerarlas más tiempo. Salí del caserón de Idiáquez como un colegial que se escapa. A la falta de libertad, al despotismo de doña

Urraca y de su hijo prefiero la vagancia, la miseria, la muerte misma... No más, no más...

—Supe que el señor había ido a Medina de Pomar.

—Y no encontré, ¡ay de mí!, la acogida que esperaba... Ya no hay hijos, quiero decir hijos buenos. Esa raza concluyó. Con estas malditas guerras entre hermanos parece que ha venido al suelo toda ley de humanidad, y hasta los sagrados fueros del parentesco y de la sangre... Al hablar de estas cosas, se me atraviesa aquí, en el pecho, un bulto, una cosa dura y lacerante que no me deja comer ni respirar... Espérate a que pase.... Ya pasa... Te contaré en dos palabras que al volver de Mena, donde, lo repito, encontré más egoísmo que piedad, desconsideraciones que me han llegado al alma, recibíéronme los Idiáquez de un modo muy desapacible. Los morros de doña Urraca se extendían cuarta y media fuera de las líneas borriquiles de su rostro, y mi esclarecido nieto no hacía más que contrariar mis hábitos y rodearme de estrecheces indecorosas. ¿La causa de esto? Es muy sencilla. Sabrás que entre mi nuera y doña María Tirgo habían concertado la boda de Rodrigo con una rica heredera de La Guardia. Celebráronse vistas. No sé lo que pasó, pues yo me hallaba en Mena; sólo supe, antes de salir de allí, que de improvisó y con algo de estruendo se vino a tierra todo aquel tinglado de la boda.

—¿Y le echaron al señor la culpa?

—Naturalmente; yo soy el gato, el niño enredador causante de todas las roturas de platos y demás averías que ocurren en la casa. No hay quien le quite de la cabeza a Juana Teresa que por intrigas mías se deshizo el bodorrio. Y yo te aseguro que no he tenido arte ni parte en ello. Declaro ingenuamente, eso sí, que me alegré y me alegro del percance, festejándolo como justicia de Dios y castigo de la conducta inhumana de los Idiáquez con este pobre vicio. Pero nada

más, nada más... Cansado al fin de la reglamentación de colegio a que pretendían sujetarme, me vi en el duro caso de preferir la miseria a la esclavitud, y la libertad al vivir triste, al régimen conventual de la casa de Cintruénigo. La imagen de doña Urraca se me ha hecho tan odiosa, que por no verla me iría descalzo y pidiendo limosna a la más lejana región del mundo. Créelo, chica. Soy noble: no tolero la humillación. En cualquier estado sabré conservar mi dignidad.

Con pena y lástima muy vivas oyó Saloma el relato de don Beltrán, no atreviéndose a contradecirle ni a proponerle la vuelta al hogar abandonado, porque el respeto a tan gran caballero y a su desgracia la cohibía. Atenta al alivio de su necesidad, le dijo que, pues era totalmente imposible recabar a Viscarrués un buen aposento, no había más remedio que acomodar al señor en la cuadra. Ella respondía de arreglarle en aquel humilde lugar un lecho abrigado y cómodo, combinando los haces de paja y las buenas mantas que ella traía, de tal modo, que no echara de menos los infames camastros de la posada. Accedió a esto don Beltrán con expresiones de gratitud, muy conmovido, sonándose fuerte, y añadió que pues Jesucristo Nuestro Señor nos había dado ejemplo de humildad naciendo en un pesebre, bien podía sin desdoro un noble, que nada tenía de divino, dormir y hasta terminar su existencia en montones de paja, al abrigo de gentes sencillas y de rústicos animales.

Dos

—Ya sé —dijo después el prócer a la guapa moza, plegando los ojos para verla mejor— que, al fin, te has casado con Baldomero. No ha sido poca suerte para ese bruto. ¡Vaya una hembra que se lleva!

—Sí, señor... Pero ¿usía no sabe que es alférez?

—¡Qué me dices!... ¡Alférez! ¡Hola, hola!... ¡Todo un oficial del Ejército! Siempre fue arrojadísimo, con una cabeza más dura que el mármol y un corazón insensible al miedo... Vaya, ¿y está aquí, en la columna que ha llegado del norte?

—¡Y que no se alegrará poco de ver a Vucencia! No tardará en venir.

A uno de los mozos de Urdaneta, que en otra mesa comían, ordenó Saloma que saliese a buscar a Galán por las calles del pueblo y a darle conocimiento de la presencia de su antiguo amo. Nacido en Fuenmayor y criado en Cintruénigo, Baldomero había servido a don Beltrán antes de entrar en el militar servicio. Seis años comió el pan de Idiáquez y Urdaneta, ya en el empleo de ayuda de cámara, ya en el ejercicio de montería o en otros menesteres de la casa. Bienquisto de sus amos, dejó en la familia memoria de leal y honrado, aunque muy duro de mollera. Andando el tiempo, ya soldado distinguido, sargento después, siempre que su batallón pasaba por Cintruénigo visitaba a los señores. Allí conoció a Saloma, que, rodando de aquí para allá con borrascosa y turbada vida, después del fusilamiento de su padre en Miranda de Arga, fue a parar a casa de una tía materna, que tenía en arrendamiento tierras de Idiáquez y vivía en una torre próxima al palacio señorial. Toda esta parte de la historia de Galán y Saloma es algo oscura y no ofrece bastante interés para que se emprendan, por esclarecerla, investigaciones muy minuciosas.

Volviendo al relato, se dirá que don Beltrán manifestó a su amiga que no iba, no, a la ventura por aquellos derroteros, pues le guiaba un fin concerniente a sus intereses y al remedio inmediato de su actual posición lastimosa.

—Ya te lo explicaré cuando esté más sosegado —agregó recobrando algo de su animación—, pues supongo que iremos

juntos largo trecho. Por de pronto, sólo te digo que salí de Cintruénigo con recursos muy inferiores a lo que exige mi categoría, que tendré que resignarme a ciertas privaciones... Mi principal inquietud es que me corten el paso las tropas de Cabrera o las partidas que sueltas y desbandadas infestan toda la tierra de Teruel. Otro temor me quita el sueño, y es que los dos únicos chicos que he podido traerme, Tomé el de *la Chata*, y Francisquillo Maestre, no pueden seguir en mi compañía más allá de Híjar, por el peligro de que les coja la facción. Tú les conoces: dos chicarrones de diez y nueve años, que no manejarían mal el chopo, y de uno de ellos sospecho que lo cogería de buena gana por dar gusto al dedo. En fin, si les pierdo, ya sea por medrosos, ya por atrevidos, tendré que ir solo, encomendándome a Dios y a la Virgen, pues no puedo abandonar mi empresa, única solución decorosa para los pocos días que me restan de vida.

En esto entró Baldomero, que derechamente, morrión en mano, se fue a besar la de don Beltrán, y poco le faltó para hincar una rodilla en tierra. Sincero, nacido del corazón era su acatamiento, pues amaba al anciano; y cuando éste abrió sus brazos para expresarle con un buen apretón su enhorabuena y el regocijo de verle oficial Galán hizo pucheros, y algunas lágrimas bajaron a humedecer su bigote de moco, imitación del de Espartero.

—Bien, hijo, bien, adelante... Capitán, será ya como tenerlo en la mano. Date prisa a ganar empleos, porque antes de morirme quisiera ver a Saloma hecha una señora coronela.

Era Baldomero Galán un mocetón en quien la estampa no desmerecía del apellido, alto, garboso, mejor formado de cuerpo que de facciones, pues su nariz excedía un tanto de la medida proporcional, y sus ojos, hermosos y grandes, bizcaban un poco, resultando una desmedida fiereza de ex-

presión. Indomable en la guerra, fiel a sus deberes cual ninguno, pronto a dar la vida cien veces por el honor de su bandera, en la vida doméstica era un angelón, y su esposa no tenía que hacer el menor esfuerzo para dominarle. Hizole sentar don Beltrán a su izquierda: le sirvió vino, después de obsequiarle con un puro. Fumando los dos, el pobre viejo, gozoso de tener a quien contar sus infortunios, hizo segunda edición de lo que ya había referido a Saloma, recargando amargura en las acusaciones contra su nieto y nuera. Suspiraba Galán al compás de los suspiros de su antiguo señor, y no acertando con la mejor fórmula de consuelo, se ofreció a prestarle en su viaje toda la ayuda que el servicio le permitiera.

—Tanto Saloma como yo, señor don Beltrán, estamos a la disposición de usía para lo que guste mandarnos, y le cuidaremos y asistiremos como a un padre.

Urdaneta le apeó el tratamiento, pues del chicarrón que tuvo a su servicio al señor alférez que delante veía había distancia social muy grande. Agradeciendo al matrimonio sus ofrecimientos, manifestó que deseaba recogerse.

—Véase —dijo a Galán mientras corría Saloma en busca de las mantas— cómo Dios no abandona a los buenos. Solo y triste venía yo por esos caminos, agobiado del peso de mis desdichas, afligido al propio tiempo por mi ceguera, que crece de día en día, y cuando menos lo esperaba me salen al encuentro dos amigos cariñosos, dos almas caritativas que me consuelan, que me alientan... ¡Qué hermoso es encontrar en nuestro camino la gratitud! Tú y tu mujer me debéis algunos beneficios; también los prodigué yo al buen Adrián Ulibarri, padre de Saloma, y ahora me veo recompensado por vosotros... ¡Ah!, si me pierdo, que me busquen entre los humildes, que son siempre los agradecidos y generosos.

Irguiéndose, como si al restaurar las fuerzas de su cuerpo recobrase también vigor y esperanza su espíritu, emprendió, asido del brazo de Galán, el camino de la cuadra. Parándose a cada instante, decía:

—No, no: Urdaneta no puede ni debe terminar sus días en la humillación. Oye, *Mero*: ¿será fácil penetrar en tierra de Teruel hasta Mora de Rubielos, siquiera hasta los montes de Gúdar?

—Señor, las hordas de Cabrera son dueñas de casi todo el país —replicó Galán, que hablando de guerra solía emplear las fórmulas usuales de la Prensa patriótica, de las proclamas y órdenes generales en campaña—, y mientras no consigamos limpiar de *enemigos fratricidas* todo el territorio de esta comandancia general, no le aconsejo a nadie que penetre, señor..., a menos que lleve un salvoconducto en regla, expedido por el *obcecado Pretendiente*.

—Ya, ya lo pensaremos, pues entre los cabecillas facciosos no me faltan amigos.

En esto, Saloma escogía el rincón más abrigado de la cuadra, el mejor defendido contra las corrientes de aire y las patadas de los mulos, para armar en él un mullido nidal donde descansase el noble viejo. Fue robando puñaditos de paja en este y el otro montón; apartó toda la basura; hizo mudar de sitio a un gallo con varias gallinas, y la obra quedó terminada pronto a satisfacción del que debía disfrutarla. Todas las mantas que tenía las aplicó a la comodidad de don Beltrán, unas debajo, otras encima de su cuerpo. Mientras Mero le quitaba las botas, envolviéndole los pies en la manta de Tomé, Saloma le liaba a la cabeza un ancho pañuelo de seda, despojándole antes de su levitón y dejándole en mangas de camisa. Ofrecía el aristócrata una extraña figura, de la que él mismo se reía, cuando se tendió de largo

a largo sobre la paja. Con refajos y ropa suya improvisó Saloma una almohada, y no pareciéndole bastante, propuso que ella se acomodaría sentada junto a la pared, formando como cabecera del improvisado lecho, y sobre sus rodillas se apoyaría la almohada, sosteniéndola en alto de modo que no se hundiese la cabeza de don Beltrán. Para completar la obra, se convino en que Galán pasaría la noche a los pies del señor, para contener el frío por aquella parte, mientras por la otra sostenía la calor el gentil cuerpo de Saloma. Hallábase Urdaneta algo acatarrado, y estornudaba constantemente; mas no sintiendo otra molestia real que el frío, procuraba agazaparse bien, y en medio de las mantas recobró su buen temple y jovialidad, dando por excelente tal situación y creyéndola un especialísimo favor de Dios en aquellos tristes días.

—Paréceme, hijos míos, que no debo quejarme —les dijo risueño—, ¿pues qué más puedo ambicionar que este tranquilo reposo, este abrigo que me habéis dado, y sobre todo, el calor de vuestra compañía cariñosa? Os veo como a dos ángeles que Dios me envía para asistirme. Y es como si con vuestra presencia me dijera: «Ya ves, Beltrán mío, que no te abandono». En verdad os aseguro que no cambiaría este lecho por el del Papa o el emperador de Rusia. Aquí se está muy bien, con un guardián y calentador por la cabeza y otro por los pies..., y esta sencillez, y esta libertad... Vamos, que estoy contentísimo, y ahora me permito despreciar todos los cuartos de fonda, con sus camas frías y sucias, y su soledad triste... Bien, bien: Mero y Saloma, mis buenos amigos, sed caritativos hasta el fin; y pues el sueño se ha declarado mi enemigo, contadme alguna cosita para engañar el tiempo.

Reclinado a los pies del señor, Galán habló largamente de la campaña del Centro, a la cual se daría gran impulso para

exterminar de golpe a *los satélites del oscurantismo*. No lejos de ellos había otros grupos; y a medida que avanzaba la noche, fueron entrando en la cuadra más huéspedes, y se formaron entre paja y dornajos montones de humanidad que producían extraños ruidos: aquí conversaciones y disputas vehementes, allá un roncar estruendoso.

—Mero, hijo mío —dijo al alférez don Beltrán, de cuya persona no asomaba entre las mantas más que la nariz—, por alguna palabra que llega a mis oídos de lo que hablan esos tres hombres que están a tus pies, entiendo que son de Rubielos. Acércate y pregúntales si conocen a Juan Luco, rico propietario en término de Mora, alcalde que era de esta villa hace dos años.

Poco después se aproximó un hombre, de estatura más que alta gigantesca, vestido a estilo aragonés neto, con su pañizuelo en la cabeza, faja morada y muy caída, mal envuelto en una manta, como herido o enfermo, un brazo en cabestrillo, la faz atezada, ruda, huraña. De su andar no debía decirse que era cojo, sino que cojeaba, y uno de sus pies, envuelto en un lío de trapos, abultaba como la pata de un elefante. Sus primeras palabras, al acercarse al grupo, fueron torpes, balbucientes:

—El señor alférez me manda..., que le diga... Gran señor, yo no veo dónde está Su Ilustrísima, ni sé quién demonios es... ¡Otra!... Ya le veo como *enterrao* en el panizo...

—Siéntate..., tú eres de Teruel: no puedes negarlo —dijo don Beltrán sin moverse, no enseñando de su persona más que los ojos sin vista y la nariz sin olfato—. Descansa, que, por las trazas, bien lo necesitas.

Con lentitud y ayes de dolor fue doblando su corpachón el aragonés hasta hundir la paja con sus asentaderas, no lejos del puesto de Galán, y cuando halló postura cómoda,

dijo que de Teruel mismamente no era, sino de Cuatro Dineros, barrio de Montalbán, y que conocía todo el país entre Ademuz y Puerto de Beceite como la palma de su mano.

—¡Ah! —exclamó Saloma prontamente—, si ya te conocemos. Yo bien decía: conozco a este bruto. Tú eres Joreas, el que hace dos años trajinaba con mulas desde Vinaroz a Tudela... Y después te fuiste a la facción, y de la facción vienes ahora, puerco.

—Con perdón de la *señá tinienta* y de la compañía, digo que lo de puerco no es razón, y sí lo es que me llamo Tansio Joreas. Como hombre honrado y cabal, no niego haber *estuido* en la *faición* a las órdenes del *Serrador*, primero, del *Royo de Nogueruelas*, después, porque sentía de mi natural que debíamos ensalzar los divinos derechos del rey Don Carlos... Pero aquí me tienen harto de desengaños con más balazos en mi cuerpo que pelos en la cabeza, muerto de hambre, con mi casa y familia perdidas, porque una de mis masadas la arrasó el liberal, otra el legítimo..., mis hijos muertos, todo hecho cenizas, y yo poco menos que cadavérico. Lo que no me ha quitado el *neto*, me lo ha quitado la *usurpadora*; y al fin, cansado de pelear, y de sufrir, y de ver espantos, y de pisar tripas de cristianos, dije: «No más derechos legítimos ni no legítimos, no más, no más», y me escapé, y huyendo de la tremolina vengo por trochas y atajos en busca de un terreno donde *haiga* paz, donde los hombres sean cristianos, no carniceros... Yo he sido malo; yo he sido, como tantos, lo que dice la señora, *faicioso* y peleador y verdugo de mi natural; pero ya le he tomado asco al matedero. Me llamo *Joreas el escarmentado*, y voy a Zaragoza en busca de un pedazo de pan que yo pueda meter en la boca sin que, al mascararlo, me parezca que lo han amasado con sangre.

Callaban todos los oyentes, entristecidos por las lúgubres palabras del escarmentado, y al fin rompió el silencio don Beltrán, diciendo:

—¡Pobre Joreas! Tu arrepentimiento es de celebrar, y ojalá se convencieran todos como tú y siguieran tu camino... Pero vamos a lo que me importa. Conocerás a Juan Luco.

—De los mejores hombres de Aragón..., sí, señor..., gran persona... Y con muchas talegas. Suyas eran las dos masadas de Rubielos, y en Mosqueruela y Forniche Bajo tenía más de mil cabezas..., hombre cabal, buen amigo y padre del pobre...

—Explícate: ¿ha muerto?

—Señor, no se enfade conmigo, que yo no he sido más que *destrumento*. A la vuelta de Manzanera nos salió con catorce hombres armados de escopetas... Le cogió la partida de Peinado, donde yo iba, y no tuvimos más remedio que *afusilarle*... Señor, puede creérmelo: como Dios es mi padre le digo que le digo la verdad... Fue que cuando me mandaron tirarle y le tiré, las lágrimas me corrían... Yo decía para mí: perdóneme, don Juan, que no soy más que *destrumento*...

Tres

—¡Qué horror! —exclamó don Beltrán haciendo sonar la paja con el estremecimiento de todo su cuerpo—. Bandido, quítate de mi presencia... No, no te vayas: da más explicaciones...

—Bandido, no, señor... Yo lloraba... Es la guerra, señor, la guerra. *Aluego* que le enterramos fuimos a quemarle la masada de Cabra de Mora.

—¿Y la incendiasteis?

—No pudo ser, señor, porque..., la habían quemado ya los cristinos el día antes, llevándose dos yeguas. Fue la columna del coronel Buil, uno muy perro, que fusiló en Concud a mi hijo Agustín.

—Ojo por ojo y diente por diente. Los hijos de Luco vengarán a su padre.

—No, señor. ¿Les conoce *Vocencia*?

—Sí, y sé que son valientes.

—Eran.

—¿También han muerto?

—No me eche a mí la culpa, sino al Nogueras, el más bruto que hay en la Usurpación.

—¿Luego eran carlistas?

—Bruno, sí, señor; desde el tiempo de Carnicer se alistó en las sacras banderas. Luego andaba con el *fraile Esperanza* y con el *organista de Teruel*. No tenía trato con su padre ni con su hermano Cinto, el cual seguía la bandera puerca de Isabel... Por esto dicen que esta guerra se ha vuelto tan farisea o *faricida*.

—Fratricida, que quiere decir guerra entre hermanos.

—Y entre padres e hijos, y maridos y mujeres. Cinto Luco, casado en Aliaga con la hija mayor de Crescencio Marlofa, salió con los urbanos de la villa y un destacamento de tropa. Don Ramón, el propio don Ramón, les deshizo... Escapó Cinto con su mujer y el chico menor de Marlota, y se escondieron los tres en una cueva de Peñarroya de los Pinares, donde, descubiertos por el cura Lorente...

—¿También fusilados? ¡Qué villanía!

—No, señor..., les pusieron en cueros, sin distinguir..., vamos, que a la chica le quitaron hasta la camisa, y luego les alancearon...

—¡Cállate, por Dios!... Vete, vete a expiar tus delitos.